



¡Viva la libertad carajo!

Bajo un cielo plomizo, Nueva York se convierte en un laberinto onírico. Llegué a duras penas al hotelucho de la calle 32 que me habían asignado, me desnudé con rapidez y me metí a la cama. Desde el día anterior me sentía con dolores difusos y una sensación febril que estaba alcanzando un nivel insoportable. Quería dormir, pero el ruido de la calle, una mezcla caótica de bocinas, sirenas y el murmullo constante de multitudes, me lo impedía. Cerré los ojos agobiados. No había leído ni dos páginas del libro de Juan Gabriel Vázquez “Volver la vista atrás” como lo hacía habitualmente desde el comienzo de mis vacaciones, cuando hastiado del dolor de cabeza, en que pequeñas agujas martillaban mi cráneo haciendo que cada sonido y cada luz se intensificaran, que decidí abandonar la lectura. Me abandoné también a la impaciencia por dormir. Me eché dos gotas de lágrimas artificiales para calmar la aspereza que sentía en mis ojos y empecé a pensar en el destino insólito de mi estadía en este lugar.

Yo soy un ciudadano común y corriente, aunque buen lector. Un día cualquiera, al salir de la oficina, me encontré de sopetón con un joven amigo de mi hijo que me saludó y abrazó con singular simpatía. Yo lo recordaba desde su niñez como compañero del Liceo de Manuel, que es así como se llama mi hijo, pero no lo había visto de nuevo. Me alegré al recordarlos juntos en mi casa con sus miradas donde brillaba la inocencia de los sueños por cumplir y la certeza de un futuro compartido. Después se separaron. Manuel se fue a la capital a estudiar, tiene un diploma de ingeniero de una Universidad privada, y esperó 17 meses de encontrar un trabajo, pero todos los días llegaba a la casa cabizbajo diciendo que no había sido contratado. ¡Te falta experiencia hombre! Hasta que se cansó y se fue a trabajar a Australia “en cualquier cosa... ahí pagan bien y después veré que puedo hacer” me dijo ese día en que lo decidí, y así fue y yo me quedé solo en mi casita de provincia. De José nunca más supe hasta este encuentro casual en que volvía al pueblo a ver a sus padres también solos con sus hijos desparrramados por varios lugares. Me contó que estaba en Santiago. Con voz pausada y cargada de entusiasmo, me explicó que era secretario de un político de renombre, un hombre rodeado de amistades internacionales. Entre estos

amigos destacaba el líder latinoamericano mayor, una figura imponente y carismática que impulsaba, con fervor inquebrantable un giro libertario, intentando liberar—me dijo como silabeando— a una sociedad atrapada en las garras del estancamiento estatal. En cada palabra, la mirada de José delataba no solo orgullo, sino también la esperanza de ver renacer una nueva era de libertad y transformación en medio de la inmovilidad de lo antiguo. Al despedirnos, me pidió mi número telefónico, para estar en contacto conmigo, me dijo, a ver si me entusiasmaba como el en la política, cosa que nunca me llamó la atención.

Como a las tres semanas después recibí un llamado telefónico. ¡Era José!, y sin que le pudiera decir hola, me habló de nuevo como silabeando de lo afortunado que yo era. Sin que entendiera nada, continuó con un entusiasmo cada vez mayor. De nuevo, —silabeando— me dijo que de todos los contactos que tenía en su celular, el mío había sido el elegido. Perplejo, le escuché decir que había ganado un pasaje a Nueva York, donde me encuentro ahora, como un invitado, entre otros de distintas partes del continente para acompañar al líder máximo a una serie de conferencias, discursos y encuentros con personajes de la política, de los negocios, todos comprometidos con la transformación social y la renovación libertaria, aquellas que nos liberarían de las estructuras que nos oprimían y nos condenaban a la pobreza y el estancamiento como pueblos. Seguía absolutamente desconcertado. Esta inesperada invitación llegaba en un momento en que ya no tenía ganas de ir ni siquiera a la capital de la provincia. Me quedé en silencio, pensando si era verdad lo que escuchaba. Unos segundos más tarde, de nuevo la voz de José habló—silabeando— para confirmarme que lo que escuchaban mis oídos era una verdad. Y, aunque al principio sentí cierta incertidumbre, su insistencia sincera y afectuosa me forzó a comprender la magnitud de la oportunidad que se me brindaba. Y aquí estoy. El día de la llegada a N. York fue intenso. Un poco pasado mediodía ya estaba en el Hotel. A las 6 PM pasaban por nosotros. Estábamos invitados a un encuentro informal del líder con uno de los millonarios más grandes del mundo. Después iríamos a comer a un fino Restaurant. La limusina negra que vino a buscarnos se detuvo frente a una fachada impresionante. La entrada se alzaba como un portal imponente, un umbral que conjugaba la

herencia clásica con la audacia contemporánea. Grandes puertas de hierro forjado, decoradas con intrincados relieves, se abren lentamente para dar paso a un vestíbulo con una luz suave de candelabros centelleantes. El mármol pulido del suelo reflejaba destellos, mientras que las sombras danzan en las paredes, creando un juego casi onírico que confiere al lugar una atmósfera de misterio y elegancia. Cada detalle de esta entrada, desde los finos acabados en madera hasta la sutil fragancia de jazmín que se entremezcla con el aire urbano, nos invitaba a abandonar lo cotidiano y sumergirnos en un universo de sofisticación y encanto. Es como si al cruzar este umbral, la magnificencia de Nueva York se hubiese plasmado en cada esquina y el lujo se transformara en una experiencia casi mística. Nos hacen pasar a un amplio Salón. Una gruesa alfombra negra cubre el suelo, tan densa que cada pisada resuena con un eco grave y pausado, como si el mismo tiempo se enlenteciera en este recinto. Las paredes se visten con un decorado casi irreal, donde motivos clásicos se entrelazan con toques de modernidad que desafían la lógica y despiertan la imaginación. La luz, tenue y cuidadosamente modulada, se filtra a través de amplios ventanales. Cada rincón del salón parece haber sido diseñado para provocar una sensación de asombro, invitando a sus visitantes a perderse en la magnificencia y el misterio de un espacio que, por momentos, parece pertenecer a otro mundo.

Desde el primer instante, el ambiente se impregnó de una energía vibrante y decisiva; cada rincón, cada palabra, parecía estar cargada de la esperanza de un futuro incendiario. En medio de la confusión inicial, de repente se hizo el silencio. Desde un externo surgió el líder latinoamericano, una figura etérea y deformada que parecía flotar en un limbo de incertidumbre. Se detuvo en el medio de la sala, saludaba a diestra y siniestra. Su discurso vagamente articulado, se disipaba en el eco de un caos impenetrable, como si cada palabra se desvaneciera en la bruma de un sistema incomprensible. La intensidad de su mirada se fundía con la penumbra del ambiente, donde las formas parecían transmutarse en realidades distorsionadas, semejantes a los edificios que se retorcían en un horizonte de pesadilla.

No muy lejos, como si emergido de un futuro distópico, se deslizaba el millonario. Con la frialdad de un autómatas, su figura anunciaba la desconexión de un mundo que yo no podía comprender. Cada uno de sus gestos, precisos y mecánicos, marcaba el compás inexorable de un destino sellado, en el que la lógica se rendía ante la ineludible absurdidad de la existencia. En ese instante que desafiaba la razón, vi que ambos hombres se fundieron en un abrazo, un gesto que parecía trascender lo humano y anunciar la unión de opuestos en un ritual macabro. De ese contacto emergió un grito ensordecedor—¡viva la libertad carajo! —que resonó en el amplio

salón como un eco persistente, interrumpido solo por cientos de flashes que destellaban en una danza frenética, mientras risas cargadas de nerviosismo se mezclaban en una cacofonía surrealista.

En el preciso instante en que la ansiedad colectiva alcanzaba su punto álgido, la penumbra se quebró con la aparición de una motosierra, como si de un mandato ineludible emanase el absurdo destino que nos rige. El artefacto dorado, como repujado en oro pasó de mano en mano hasta que llegó a su destino. Los gritos se multiplicaron ¡motosierra, motosierra! ¡Viva la libertad carajo! gritaron todas las gargantas presentes. La euforia del momento era como una ola imparable, una explosión que nos arrastraba a todos hacia su vértigo irrefrenable. Los gritos, primero dispersos, se multiplicaron en una cacofonía frenética “¡Motosierra, motosierra!” como un mantra desesperado que unía a los presentes en una comunión grotesca de locura y éxtasis. El caos era la única fuerza palpable. El rugido del líder —¡Viva la libertad carajo! — se alzó como un torrente desaforado, violento, avasallador. El líder mismo era como una criatura incontrolable, sus gritos retumbando, creciendo como un eco interminable. “¡Motosierra, motosierra!”, resonaban las voces, mientras las gargantas estallaban en un “¡Viva la libertad, carajo!” que parecía deshacerse en el aire, como un oxímoron grotesco. Las voces se multiplicaban, abrazando la absurdidad de la libertad reinventada. La exaltación se volvía irónica, pues en ese frenesí primitivo la violencia se tornaba, paradójicamente, en un grito liberador. En medio de aquel caos, en las manos del millonario, la máquina zumbaba con un filo metálico capaz de cortar no solo la carne, sino el mismo tejido de la realidad. De pronto, en una milésima de segundo creo, con un movimiento brusco y casi premeditado, el instrumento infernal inició su macabro oficio: rodó la cabeza de una niña, y tras ella, un brazo y un torso se sumieron en el caos de lo inefable. En medio de aquella carnicería surrealista, mi existencia se redujo a un único ojo izquierdo, testigo atónito de aquel espectáculo grotesco, un espectáculo que parecía encarnar la inevitable y perturbadora ironía de un mundo donde la razón se ha perdido en un laberinto de sombras.

En medio de todo el caos, el ojo izquierdo, mi único testigo, no podía evitar notar que el tiempo se había detenido. La brutalidad, absurda en su naturaleza y desconcertante en su ejecución, no ofrecía explicación alguna; ahí no había lógica, solo una sucesión de hechos inconexos que caían uno tras otro en la oscuridad como una cascada sin fin. Los rostros de los demás observadores se entremezclaban en una especie de niebla etérea, con expresiones congeladas que desmentían cualquier intento de comprensión. Algunos apenas respiraban, otros parecían hablar en susurros, pero nadie se movió ni un milímetro. La realidad, tal como la conocíamos, había comenzado a desmoronarse, y todo lo que quedaba era la sensación de que estábamos atrapados en algo que nadie

entendía, pero del que todos querían escapar. Alguien, desde detrás de las sombras, pronunció una palabra casi imperceptible: "¿por qué?" La respuesta, como era de esperar, nunca llegó. Una puerta se cerró lentamente, y los murmullos se ahogaron mientras la máquina, impía en su imparable avance, seguía su curso. Ahora no había conciencia de ser, solo la incertidumbre de lo que vendría a continuación. El amontonamiento de restos de personas después de un par de horas comenzó a disolverse, pero no lograban salir del salón, como si el laberinto de la existencia les hubiera tejido un destino sin escapatoria. Afuera, la ciudad continuaba con su marcha indiferente, como un insecto atrapado en la tela de una araña que no sabe que está destinado a ser devorado. Y mientras aquello se desintegraba, la última imagen que quedaba era la de mi ojo izquierdo aterrorizado, incapaz de comprender la angustia existencial que envolvía a la humanidad. Yo mismo... ¿quién era realmente? ¿Era este mi destino? ¿O simplemente era una pieza adicional en esta siniestra obra de teatro que se estaba montando sin ningún libreto? Las preguntas se apilaban, pero no se podía esperar una respuesta. La gran comedia de la vida continuaba... y nadie parecía ser capaz de abandonar el escenario.

En el abismo de aquel instante, cuando la violencia se fundía con la penumbra, mi única visión se fijó en el rostro inexpresivo del millonario. Su semblante, frío y distante, parecía aceptar la inevitabilidad de lo absurdo, mientras la sala se convertía en un laberinto de sombras y murmullos. Los presentes, atrapados en una especie de letargo colectivo, apenas podían creer lo que sus sentidos no se atrevían a comprender; sus rostros se deformaban en máscaras de resignación y temor, como si cada uno estuviese condenado a observar la misma pesadilla.

De entre la oscuridad emergió, casi como un espectro de la burocracia del destino, un funcionario de mirada vacía y traje immaculado. Con pasos medidos, se desplazó hacia el epicentro del caos, llevando consigo una libreta de aspecto anacrónico. Sin pronunciar palabra alguna, comenzó a anotar los sucesos con una precisión mecánica, como si cada trazo pudiera, de algún modo, imponer orden a la irracionalidad imperante. Sus gestos, imperturbables, contrastaban brutalmente con el horror que se desataba a su alrededor, marcando la diferencia entre lo humano y lo inhumano, entre lo posible y lo ineludible.

Mientras tanto, el ambiente se cargaba de una extraña densidad: la mezcla de un silencio sepulcral y el zumbido persistente de la motosierra creaba una sinfonía macabra, en la que cada nota parecía entonar la sentencia de un destino irrevocable. La luz, ahora menguante, dibujaba sombras inquietantes sobre los restos dispersos. Yo, reducido a la vigilia de mi único ojo izquierdo, me vi forzado a presenciar, en un estado de atónita desesperación, la danza inexorable de lo imposible, comprendiendo que, en aquel instante, la realidad misma se había

rendido ante la ley de lo absurdo. La motosierra, a ratos silente, reemprendía sola su marcha y niños y ancianos, mujeres y hombres entre los que yo me encontraba huían despavoridos porque la máquina cortaba cabezas y brazos sin ningún orden o respeto: allí estaban las grises canas y la risa fresca de los niños, y también yo con la cabeza partida y un ojo que era el mío y que observaba. No supe como salí del lugar. Las piernas de otro invitado me contaron en el camino que se habían abierto paso entre otras muchas partes de cuerpos trozados, chapoteando en la sangre que desbordaba una amplia vasija. Mi ojo también la recordó. El objeto, una vasija de formas voluminosas y ornamentación intrincada, era un testimonio de una fugaz pero poderosa antigüedad mesoamericana. Su superficie, coloreada con matices que se desvanecen entre el rojo y el oro, está entrelazada con figuras geométricas y símbolos que parecen imitar las formas de la naturaleza, como si estuviera destinada a guardar objetos y a preservar la memoria ancestral de un pueblo. Los adornos que la rodean, aparentemente ricos pero envejecidos por el tiempo, ofrecían un contraste surrealista con la macabra escena que la acompañaba. La vasija, en su desbordante ornamento, de una belleza perturbadora, distorsionada por el caos que la rodea, ha adquirido de pronto la simpleza de un macabro instrumento de sacrificio. Su abertura, amplia y voraz, se desborda ahora con la sangre que no hace distinciones, arrojando sobre sus adornos la ironía de la riqueza desbordada, como si el ciclo de vida y muerte depusiera sus leyes frente a la violencia secular de un destino cruel e inevitable.

La vasija como un altar macabro, se me aparece arrancada de un tiempo en que lo sagrado se confundía con la condena. La pesadilla se condensaba en cada instante. La motosierra, con una quietud perturbadora, prosiguió su marcha implacable. Entre la algarabía desordenada, los gritos se mezclaban con el silente murmullo de la fatalidad, y en el aire se dibujaba una macabra coreografía: cuerpos que se desintegraban en destellos de absurdo, y yo, fragmentado, con la cabeza partida y un único ojo que, a pesar del tormento, se aferraba a la imagen de aquella tragedia surreal.

El asombro se convertía en mi único compañero mientras la maquinaria infernal se deslizaba entre nosotros, como si su voluntad fuera la de un destino inexorable, que arrancaba la esencia de la humanidad sin compasión. Los rostros se transformaban en máscaras de horror y resignación, y cada corte parecía sellar una sentencia en el libro del sinsentido. En ese instante, el tiempo se desvanecía, y mi mirada, dividida entre la conciencia y la penumbra, se sumergía en un abismo donde el eco de la violencia se mezclaba con los susurros de una existencia que ya no tenía lógica ni remedio.

Desperté sobresaltado. La angustia me perforaba el pecho. El resto del sueño resonaba en mi memoria: mi ojo observaba, allá una boca murmuraba recitando fragmentos de un discurso de líder que atravesaba las pare-

des de la amplia sala ceremonial. Recordé que había una alfombra negra y una gran mesa rectangular, a su costado una gran fuente estaba disponible para recibir, lo que parecía ser, la sangre sacrificial. Desorientado miré el techo de la habitación. El recuerdo del sueño me arrastraba de vuelta a esa ceremonia surrealista: mi mente se debatía entre la incredulidad y el terror, cuestionándome si aquel ritual era el presagio del fin de un mundo o, quizás, la representación simbólica de mis propias inquietudes y temores más profundos.

Con el corazón palpitante y la mente en vilo, me incorporé en la cama. Mi cuerpo estaba empapado en sudor frío, la piel húmeda y pegajosa, y una sensación de calor residual mezclado con escalofríos que me agitaban la carne trémula. La cabeza late con pesadez, envuelta en una niebla densa. Desesperado recorro mi cara y descubro con mis dedos todas sus partes intactas. La sensación de sequedad extrema en la garganta, junto con un leve zumbido en los oídos, me hacen pensar que he pasado del lado de la vigilia. Algunos detalles de la pieza parecen ajenos por algunos segundos y los pensamientos siguen circulando a un ritmo extraño, entrecortado, como si aún no lograran encontrar su cauce normal. Busque entre mis remedios habituales el bendito paracetamol. Creo que después me dormí profundamente. Cuando desperté al mediodía la ceremonia de aquella pesadilla se transformaba en una metáfora brutal: los discursos retumbaban como himnos a una verdad oculta, y la implacable marcha de la motosierra silente no distinguía entre la inocencia de la niñez ni la sabiduría de la experiencia. Yo, entre ellos, era un carnero destinado a sellar un pacto ancestral, la pieza invisible en un teatro de sombras donde la fe ciega al conformismo.

Al día siguiente, con el cielo claro y un sol resplandeciente, una revelación se imponía con la fuerza de una para-

doja: ser feliz en la rutina era, irónicamente, ser elegido para la expiación. La libertad que creía tener se disolvía en la evidencia de que, en el gran ritual de estos tiempos caóticos, todos los roles estaban predestinados, y mi identidad de empleado sumiso se transformaba en el sello de mi sacrificio. En ese instante, comprendí que la verdadera pesadilla no residía únicamente en el caos del sueño, sino en la aceptación inerte de un destino que se impone sin piedad, donde la complacencia se convierte en el último acto de renuncia ante el implacable mandato de un discurso que devora almas ¿Por qué tanto grito destemplado, voces furibundas y anónimos exaltados? ¿Qué fuerza impulsaba tantas promesas de libertad –¡carajo!– en medio de la desolación, donde trozos de carne se retorcián sobre una alfombra negra, cada vez más teñida de un rojo sombrío, y los gritos de labios airados clamaban sin respuestas? Sentí de pronto claridad, y ya sentado en el pequeño jardincito de mi casa sureña, exploré en silencio que decían esas voces prometeicas que anunciaban un nuevo amanecer.

Como buen chileno empecé a dudar de tanta felicidad terrena, si en la historia han ocurrido tantas cosas y este valle de lágrimas ha existido por más de 2000 años, desde las guerras púnicas hasta las actuales, con total desprecio por la vida. De nuevo asomó un rayito de luz en la corteza de mi cerebro e imaginé el trasfondo de nuestro destino: tanto júbilo, tanta libertad carajo escondía de seguro otras cosas: nuestra humanidad mutilada, nuestra tierra saqueada, nuestros mares despoblados de vida, nuestra riqueza robada y acarreada a lugares recónditos, quizás a otros paisajes siderales donde se irían los profetas libertarios a gozar de sus nuevos juguetes de poderes sobrenaturales, mientras los nuevos siervos de la gleba nos arrancábamos la piel luchando por nuestras vidas. ¡Entonces, decidí escribir este cuento!

Reinaldo Bustos D